

gobierno que mas convendría á Francia, pues las ideas de libertad no han podido impunemente germinar durante tanto tiempo en un país como el vuestro; así es que hacen muy difícil la restauracion de un poder público unitario.» «¡Gran Dios! — exclama al llegar aquí Vitrolles, interrumpiendo involuntariamente su narracion. — ¡A qué tiempos habíamos llegado en 17 de marzo! ¡El emperador Alejandro, el rey de los reyes unidos para salvar al mundo, me hablaba de la república!» «No he venido aquí — contestóle, conteniéndose á duras penas — para defender, como ciego partidario de la antigua familia de nuestros reyes, sus ventajas personales. Si conociera un medio mejor para salvar el porvenir de Francia, lo defendería con el mismo empeño, aunque este medio fuera la continuacion de Napoleon en el poder, y haría aquí, ó por mejor decir ingresaría en las filas de los que heroicamente por esta solucion combaten; pero conozco los deseos de mi país y las condiciones que para salvarlo se necesitan: queremos la paz en el exterior y en el interior garantías contra el despotismo, y ni aquella ni éstas podemos esperarlas del soldado que nos esclaviza y en vano trataríamos de buscarlas bajo ningun otro nombre ni en ninguna otra institucion, pues nadie tendría confianza en uno ni en otra. Francia no puede esperar en un porvenir mejor mas que de la vuelta á su pasado bajo el cetro paternal de esta familia que desde hace ochocientos años ha venido presidiendo sus hermosos y gloriosos destinos.» Despues de esto, expuso cómo los Borbones y su séquito debían haberse templado en la escuela de la desgracia, cómo el vehemente deseo de paz y de libertad civil había borrado en el país todas las diferencias de partidos y de opiniones, y cómo el mismo ejército ansiaba el descanso, especialmente los jefes, para disfrutar tranquilamente del botín de sus victorias. Así hablaba un hombre que no había participado de los festines del antiguo régimen, que no había tendido la mano ni el sombrero á la lluvia de oro que en forma de gracias y pensiones había caído en Versalles, que en su juventud solo había luchado y sufrido por la antigua monarquía, á la que nada tenía que agradecer ni que recompensar. Para Alejandro era cosa completamente nueva que esta antigua monarquía tuviera tan desinteresados defensores, pues los realistas á quienes había conocido al defender la causa de la monarquía defendían únicamente sus antiguos privilegios, hasta el punto de que cuando éstos estaban en pugna con los derechos de la monarquía y con los deberes de los súbditos habían negado y sacrificado estos últimos para salvar los primeros, como fácilmente podía comprenderse. Si realmente existía en Francia una lealtad monárquica como la que aquel hombre noble sabia expresar en ardientes frases que salían del corazón, la cosa se presentaba muy distinta de lo que Alejandro se la había imaginado; y si París era verdaderamente el centro donde residía este modo de pensar, la cuestion del porvenir de Francia quedaba resuelta por la misma nacion francesa. «¿Quieren los aliados — dijo finalmente Vitrolles, — acabar la guerra con un hecho tan atrevido como noble? Renuncien á todas sus tentativas artificiosas; reúnan sus fuerzas sin mirar hácia atrás; quemén sus naves y marchen precipitadamente y en línea recta hácia París, y dejo en prenda mi cabeza en manos de V. M. para que la separe del tronco, si la opinion pública no se manifiesta abiertamente en pro del restablecimiento de la antigua monarquía.»

«Conmovido en alto grado, — dice Vitrolles, — fijé mi mirada en el hermoso semblante del emperador Alejandro, por regla general no muy expresivo ni animado, y observé que al oírme se animaba: la idea de tan hermoso triunfo hacia aparecer un nuevo brillo en sus ojos, y en uno de aquellos momentos en que dejaba entrever su entusiasmo, sus palabras

tomaron extraordinaria expresion. «Señor de Vitrolles, — dijo, — el día en que vaya á París no tendré mas aliado que la nacion francesa.» Y al despedirse le apretó la mano, diciéndole: «Esta noche partiré para el cuartel general del príncipe Schwarzenberg y os prometo que esta entrevista será de las mas trascendentales consecuencias (1).»

## CAPÍTULO II

### CONQUISTA DE PARIS POR LOS ALIADOS Y LOS REALISTAS. DESTRONAMIENTO DEL EMPERADOR Y ABOLICION DEL IMPERIO

Al día siguiente de la entrevista que al final del capítulo anterior hemos referido, adoptó en Chatillon la resolucion definitiva. El día 15 de marzo Caulaincourt — que había dejado pasar cuatro semanas sin contestar á las proposiciones que le fueron presentadas en 17 de febrero ni afirmativa ni negativamente, ni con otras proposiciones, — presentó un contra-proyecto en que no se hablaba ya de la vuelta de Francia á sus antiguas fronteras ni de la renuncia de los derechos de soberanía fuera de ellas, antes al contrario contenía, entre otras, las siguientes disposiciones: «IV. S. M. el emperador de los franceses renuncia, como rey de Italia, á la corona de Italia en favor de su heredero nombrado, el príncipe Eugenio Napoleon, y de su descendencia. — VIII. La princesa Elisa retiene en plena propiedad y soberanía, para sí y para sus descendientes, á Lucca y Piombino. — IX. El principado de Neufchatel continúa en poder del príncipe (Berthier) que lo posee. — X. S. M. el rey de Sajonia será reintegrado en la plena y completa posesion de su reino. — XI. El gran duque de Berg recobra igualmente la posesion de su gran ducado (2).» En la sesion del día 18 de marzo los plenipotenciarios de los aliados dieron á estas proposiciones la única contestacion que podían dar, declarando «terminadas por el gobierno francés» las negociaciones de Chatillon y añadiendo que las potencias aliadas, «indisolublemente unidas para el grande objeto que con la ayuda de Dios esperaban conseguir, no hacían la guerra contra Francia y que consideraban la extension proporcionada de este reino como una de las primeras condiciones para un equilibrio político; pero que no depondrían las armas hasta que el gobierno de Francia hubiese reconocido los principios que sustentaban (3).»

De esta suerte terminó el congreso de paz de Chatillon, por no haber querido Napoleon aceptar la paz que en realidad no podía admitir (4). Habíase, pues, dado el primer paso tal como lo deseaba Vitrolles, paso al cual inmediatamente siguió otro. Invitado por Metternich, Vitrolles siguió en 19 de marzo al cuartel general diplomático, que se trasladó á Bar-sur-Seine, donde celebró el día 21 una conferencia con los ministros. Hardenberg le saludó con estas palabras: «¡Sois un grande hombre, un grande hombre! ¡Qué suerte la de veros aquí! Pero ¿por qué no vinisteis antes?» Vitrolles se sentó á su derecha: luego llegaron Castlereagh y Metternich; Nesselrode tomó asiento al lado de Hardenberg y el baron Binde actuó de secretario (5). Sobre la proposicion de los franceses se entabló una discusion que dió por resultado un documento en extremo notable redactado por Metternich,

(1) Mem., tomo I, págs. 113-126.

(2) Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 131-132. En el artículo X se dice «gran ducado» equivocadamente en vez de «reino.»

(3) Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 137-138.

(4) Esto ha sido perfectamente explicado por Vitrolles, tomo I, págs. 131-134.

(5) Vitrolles: Mem., tomo I, pág. 143.

del cual envió lord Castlereagh á Londres una copia fechada en Bar-sur-Aube á 22 de marzo, única que probablemente se ha conservado de aquel escrito (1). Vitrolles fué el primero que con sus notas nos dió á conocer dicho documento, pero estas notas han sido aclaradas y confirmadas por aquella copia.

Vitrolles, — ó Saint-Vincent, como á sí mismo se llamaba, — resumió todo lo que desde la ruptura del congreso pesaba todavía sobre su corazón en una sola exigencia que resolvía de hecho lo que aun no podía ser expresado con palabras, á saber: «Entrega al conde de Artois ó á sus delegados de todos los departamentos que ocupaban los aliados.» Esta pretension fué concedida, con inexplicable alegría de

Vitrolles, por una asamblea de ministros en la cual el mismo emperador de Rusia estaba representado por el conde Nesselrode. El documento que á propósito de esto redactó Metternich, decía así:

«La invasion de Francia solo ha dado á conocer hasta ahora por parte de la inmensa mayoría del pueblo francés una flojedad y una falta de voluntad sin ejemplo. La mayoría parece ser contraria á la persona de Napoleon, á quien considera como un obstáculo para la paz, comprendiendo que con su existencia es incompatible un estado de tranquilidad. ¿Está esta mayoría dispuesta á sacudir el yugo de su gobierno? ¿Espera para ello la excitacion directa de las potencias? ¿Apoyará enérgicamente los esfuerzos que hagan los



Combate de Saint-Dizier: carga de los dragones de la guardia

aliados para restablecer la antigua dinastía? Tales son las cuestiones cuyo exámen y solucion exige el interés de la causa comun. La ruptura de las negociaciones de Chatillon facilita por mas de un concepto este exámen, pues las potencias se ven libres de muchas consideraciones que un estado de negociaciones pendientes trae necesariamente consigo. Actualmente no tienen que atender mas que á la salvacion de la causa que defienden por los medios que el derecho internacional ofrece, únicos saludables y dignos de los esfuerzos unidos de las primeras potencias de Europa. Es indiscutible que la prolongada permanencia de los ejércitos aliados en Francia ha de atraer contra éstos el espíritu de una gran poblacion, para la cual es pesada carga su presencia. Sería ciertamente muy importante asegurarse de si la misma impresion funesta que en la opinion pública produciría el único medio que tienen los aliados para acabar gloriosamente la guerra, podría ser utilizada contra el que es su causa primor-

dial. Está mas que demostrado que el pueblo francés no tomará nunca la iniciativa en la cuestion de los Borbones, y los principios fundamentales que públicamente han expresado los soberanos aliados, y que nacen del respeto que todo extranjero debe profesar siempre á las cuestiones nacionales, impiden á los aliados tomar á su cargo esa iniciativa. Esta, pues, debe estar reservada á los príncipes de la casa de Borbon, pero hay que determinar el apoyo real que la coalicion puede prestarles. Dos embajadas han llegado á un mismo tiempo al cuartel general: una parece proceder de un partido que existe en París y que, por lo menos, ve claro; la otra procede de Monseñor (2): la primera reclama el apoyo de las potencias, la segunda confía el asunto al criterio y resolucion de éstas. Una y otra piden contestacion y la adopcion de ciertas medidas.

»En el actual estado de cosas parece posible y conveniente reforzar las sondas que hasta ahora se han echado sin pro-

(1) Como apéndice segundo al despacho núm. 41 de Castlereagh: *Most secret and confidential*. Bar-sur-Aube, 22 de marzo de 1814.

(2) Era el emisario un tal Wildermeth, de cuya memoria, fechada en Nancy en 1.º de abril de 1814, hablaremos mas adelante.



ducir mas que infructíferos resultados, y á este fin pueden, al parecer, adoptarse las siguientes medidas:

1.<sup>a</sup> »El señor de St.-V(incent) puede encargarse de transmitir á su partido las noticias mas exactas acerca del curso y de los resultados de las negociaciones de Chatillon. Como las potencias están á punto de publicar un manifiesto sobre este particular, podria el señor de St.-V(incent) llevarse consigo á Paris por lo menos el borrador de este documento (1).

2.<sup>a</sup> »Se le autorizaria para comunicar á su partido que se permitirá á Monseñor establecerse en un lugar que será protegido por los aliados, pero que de todos modos estará suficientemente lejos para que esta cuestion puramente francesa en el sentido estricto de la palabra no se confunda con ningun interés extranjero; se le facultará tambien para que diga que se facilitarán á Monseñor los medios necesarios á fin de que pueda pagar á las tropas que se agrupen en torno suyo; que no se pondrá obstáculo alguno á que se comuniquen con su pueblo y que muy lejos de dificultar sus publicaciones seria de desear que se pusiera en relaciones directas con los partidarios que tienen los Borbones entre los personajes mas ilustres del actual gobierno.

3.<sup>a</sup> »Se encargará al señor de St.-V(incent) que prometa al partido que le ha enviado el apoyo mas inmediato en el caso de que se declare abiertamente. No le ocultará que las potencias no pueden, contra la voluntad nacional ó sin tener un fuerte apoyo, comprometerse á no deponer las armas hasta que haya triunfado la causa de los Borbones. Asegurará tambien que los esfuerzos de las potencias estarán en consonancia con los de la nacion. En todo caso, las potencias exigirán una impunidad completa para los que se hubiesen sacrificado por esta causa y no firmarán la paz sin haber asegurado la suerte y la vida de estos individuos.

4.<sup>a</sup> »Sin pérdida de momento las potencias pondrán las provincias por ellas ocupadas, lo propio que las que se declaren por los Borbones bajo la administracion de éstos. La persona enviada por Monseñor partirá con una respuesta dictada en este sentido y comunicará á S. A. R. los acuerdos tomados. Será de gran importancia que los aliados designen igualmente algunos hombres inteligentes y mesurados confiándoles la mision de presentarse á Monseñor con el objeto de vigilar sus pasos y de dirigirle por una senda provechosa y acomodada á los designios de las cortes.»

Antes que Vitrolles llegaran á Paris el emperador Alejandro y Federico Guillermo de Prusia, pero el viaje precipitado de éstos no era mas que la ejecucion de un acuerdo tomado en el momento en que el conde Nesselrode, ministro de Alejandro, se interesaba en un paso que *á priori* decidia la restitution de Francia á la familia de los Borbones.

Desde entonces sucediéronse sin interrupcion los acontecimientos decisivos. Napoleon, despues de haber librado con sus guardias, en 20 de marzo, en Arcis-sur-Aube contra el príncipe Schwarzenberg una última sangrienta batalla, en la que ambos ejércitos hicieron prodigios de valor, tomó la direccion Nordeste, encaminándose hácia Vitry le Français-sur-Marne y marchando de esta suerte detrás de los dos ejércitos enemigos, sin que éstos tuvieran de ello la menor sospecha, hasta que con gran sorpresa lo descubrieron en la mañana del 23, por haber encontrado el ejército de Schwarzenberg una porcion de correos, unos que venian de Paris y otros que á esta capital se dirigian, lo cual le hizo comprender que se encontraba entre Paris y el emperador. Las cartas que fueron interceptadas contenian noticias importantísimas: las de Paris, especialmente las del ministro de policia

(1) Este borrador habia sido ya mostrado personalmente á Vitrolles. El manifiesto se publicó en Vitry, en 25 de marzo.

Savary (duque de Rovigo), pintaban al emperador un cuadro desesperado de la opinion pública de la capital, diciéndole que la consternacion era general, que los medios de defensa eran nulos y que la poblacion estaba en extremo descontenta. En otras cartas se daba la noticia de que los ingleses ocupaban, desde el 12 de marzo, la ciudad de Burdeos y de que el duque de Angulema habia proclamado, con gran júbilo de la burguesía, la restauracion de la dinastía tradicional en la persona de Luis XVIII. Una carta del emperador á la emperatriz resolvía el enigma de su marcha á la izquierda hácia el Marne, pues decia en ella: «El día 20 me apoderé de Arcis-sur-Aube y derroté al enemigo que me habia atacado á las ocho de la noche. Al día siguiente, el ejército enemigo se puso en órden de batalla con el objeto de proteger la retirada de sus columnas hácia Brienne y Bar-sur-Seine, y entonces me decidí á aproximarme al Marne y á sus alrededores para desviarlas de Paris y acercarme mas á mis fortalezas. Hoy por la noche estaré en Saint-Dizier (2).» Schwarzenberg, que se encontraba en Vitry cuando esta carta cayó en su poder, dió inmediatamente cuenta de ella á los rusos y á los prusianos, recibiendo la noticia el emperador Alejandro en Dampierre y el enfermo feld-mariscal Blucher en Fismes. En uno y en otro produjo esta nueva un efecto maravilloso. «Esta noticia — dice el conde Nostitz, ayudante de Blucher, — fué un vejigatorio moral para el espíritu y el ánimo del feld-mariscal: sus ojos casi apagados volvieron á animarse cada vez que se hablaba de la lucha decisiva que muy pronto pensábamos librar ante los muros de Paris (3).» El día 24 de marzo el emperador Alejandro convocó en Sommepeuis, donde Napoleon habia pasado la noche anterior, á los generales Wolkonski, Barclay, Diebitz y Toll á un consejo de guerra que presidió él en persona y en el cual, á propuesta de Toll, se tomó el siguiente acuerdo, que todo lo decidia: marchar sobre Paris con los dos ejércitos en lo sucesivo unidos, dejando solo 10,000 hombres de caballería para que vigilaran á Napoleon y le cortaran el camino. Inmediatamente se puso esta resolucion en conocimiento del rey de Prusia y del príncipe Schwarzenberg, que se habian adelantado con sus tropas y que «la aprobaron con entusiasmo;» pues «no podian menos de prever un brillante éxito á este importante movimiento (4).»

En el momento mismo en que 180,000 hombres avanzaban sobre Paris siguiendo las dos márgenes del Marne, publicó con fecha de 25 de marzo una «Declaracion de las potencias aliadas,» en la que con lenguaje de dureza nunca oída se acusaba á Napoleon de ser el único culpable de la persistencia de todos los males de la guerra, á la que hubiera debido poner término en Chatillon. Al final del documento se formulaban en tono de enérgica censura las siguientes preguntas: «¿Hasta cuándo querrá la Francia seguir derramando á torrentes su sangre en pro de un interés puramente personal? ¿Cuándo pondrá término la voluntad general de la nacion á este sistema tan ruinoso (5)?» La simple noticia de la marcha de los aliados, que, empujando delante de sí á los mariscales Marmont y Mortier, habian llegado el día 28 de marzo á Meaux, puso en dispersion á la regencia de Paris: el día 29 huyó de allí la emperatriz con el rey de Roma para preservar á éste de «la suerte de Astyanax.» El ex-rey José, regente general del emperador, publicó aquel mismo día un manifiesto dirigido á los parisienses excitándoles á que empuñaran las armas, pues el emperador venia avanzando inme-

(2) Vitrolles: *Mem.*, tomo I, pág. 163.

(3) *Diario*, pág. 130.

(4) Textualmente, segun la nota de Toll inserta en Bernhardt, t. IV, páginas 313-314.

(5) Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 143-144.

diatamente detrás del enemigo (1), y al día siguiente, acompañado de su hermano Jerónimo y del ministro de la Guerra Clarke, subió á la colina de Montmartre y desde allí, encerrado en un pabellon llamado Chateau Rouge, contempló durante toda la mañana la lucha con la mayor tranquilidad. «Me quedo entre vosotros,» habia dicho á los parisienses, y lejos del fuego les cumplia la palabra (2); pero cuando, al mediodía, vió que el ejército de Blucher avanzaba sobre Montmartre, montó á caballo y huyó precipitadamente hácia el bosque de Boulogne, á donde le siguieron Jerónimo y Clarke. Desde aquel momento, los dos mariscales que sostenian el combate no lucharon ya por un gobierno sino únicamente por el honor de las armas.

Paris presentaba dos baluartes naturales á los aliados que procedentes de Meaux allí llegaron, á saber: al Norte Montmartre y al Nordeste la meseta poblada de aldeas en cuyo borde septentrional se encuentran las de Romainville, Pantin y Belleville. Aquí fué donde Marmont, desde el Parque de Bruyères (3), se sostuvo el día 30 de marzo por espacio de algunas horas con heróico valor contra los guardias rusos y prusianos, mientras el mariscal Mortier defendía contra los cuerpos de York y Kleist las aldeas de La Villette y Chapelle Saint-Denis situadas al pié de Montmartre. Durante la tarde recibieron los dos mariscales la última órden que dió José, y que decia: «Cuando el mariscal Marmont, duque de Ragusa, y el mariscal Berthier, duque de Treviso, no puedan ya sostenerse, quedan autorizados para entrar en negociaciones con el príncipe Schwarzenberg y el emperador de Rusia, que delante de ellos se encuentran, y se retirarán hácia el Loira (4).» Despues de haber los prusianos emplazado en Montmartre 84 cañones de gran calibre (5) concluyó la batalla por una tregua que se concertó á las cinco de la tarde. A esta tregua siguió una capitulacion que se firmó por la noche y en virtud de la cual los dos mariscales debian evacuar la ciudad de Paris antes de las siete de la mañana siguiente pudiendo dirigirse á dónde mejor les pareciera (6). En su consecuencia, preparábase para el siguiente día en la capital del todavía no abatido emperador, una entrada triunfal que por sí sola anunciaba la desaparicion de una época antigua y los albores de una nueva era. En medio de la tormenta de sentimientos encontrados que en aquellos momentos debian desgarrar necesariamente el corazon de todo patriota francés, escribia un ilustre publicista, Chateaubriand, con fecha de 30 de marzo de 1814, en el prefacio de su folleto: *Bonaparte y los Borbones*: «No, nunca creeré que escribo en la tumba de Francia; no puedo convencerme de que despues del día del Juicio no haya de venir el día de la misericordia. La antigua herencia de los reyes cristianísimos no puede ser fraccionada: el reino que surgió de entre las ruinas de la moribunda Roma, como última tentativa de su grandeza, no perecerá. No ha sido solo la mano de los hombres la que ha dirigido los sucesos de que somos testigos, sino que en todos ellos está visiblemente la mano de la Providencia. Dios mismo se pone con la cabeza descubierta al frente de los ejércitos y se sienta en los consejos de los reyes. ¿Cómo explicar, sin la intervencion divina, el milagro del engrandecimiento y el todavía mayor de la caida del hombre que todavía pisotea al mundo? Hace quince meses estaba aun en Moscou y hoy los rusos están delante de Paris: desde las Columnas de Hércules hasta el Cáucaso todo temblaba bajo su despotis-

(1) Vaulabelle, tomo I, pág. 258.

(2) Vaulabelle, tomo I, págs. 255-256.

(3) Marmont: *Mem.*, tomo VI, pág. 245.

(4) Marmont, tomo VI, pág. 244.

(5) Droysen: *York*, tomo III, pág. 390.

(6) Vaulabelle, tomo I, págs. 269-270.

mo, y hoy se encuentra fugitivo, sin hogar y sin asilo. Su poder, como el flujo del mar, saltó por encima de los diques y como el reflujo ha retrocedido (7).»

Cuando en la mañana del memorable 31 de marzo de 1814 se lanzaron los parisienses por las calles, pudieron leer en todas las esquinas dos carteles que les daban la certeza de que el enemigo cuya entrada esperaban no iba á entrar como enemigo sino como amigo y aliado. El prefecto de policia, Pasquier, y el prefecto del Sena, Chabrol, habian sido recibidos por el emperador Alejandro en el castillo Bondy y de las manifestaciones que de sus propios labios habian oído daban cuenta de las siguientes: que no era enemigo de los franceses, que solo conocia en Francia un enemigo, á saber, el hombre á quien habia admirado y querido durante mucho tiempo y que, devorado por la ambicion, le habia atacado en sus propios Estados; que solo á este hombre hacia la guerra; que podian tener confianza en él, puesto que tomaba á Paris bajo su proteccion personal y que únicamente dejaria en esta ciudad tropas escogidas; que sus intenciones y las de sus aliados pronto serian conocidas; que no querian conquistar ni dominar á Francia sino proteger y sancionar lo que fuese mas provechoso. El emperador daba toda clase de garantías respecto de la conservacion de los edificios públicos y del respeto á las vidas y haciendas de los ciudadanos y consentia en que la guardia nacional siguiera prestando sus servicios. Al lado de esta declaracion se habia fijado un manifiesto del príncipe Schwarzenberg que, á ser posible, debia producir mayor efecto aun que las mismas palabras del emperador Alejandro. «Habitantes de Paris, — decia, — los ejércitos aliados están delante de vuestra ciudad. El objeto de su marcha sobre la capital de Francia descansa en la esperanza de una sincera y estable reconciliacion con la nacion francesa. Hace veinte años que la Europa está anegada en sangre y en lágrimas, habiendo sido inútiles cuantas tentativas se han hecho para poner término á tantos males, pues el mismo poder del gobierno que os oprime constituye un insuperable obstáculo para la paz. Los soberanos aliados buscan de buena fe el establecimiento en Francia de una autoridad bienhechora que pueda establecer la concordia entre ella y todas las naciones y gobiernos. A la ciudad de Paris toca, en las circunstancias actuales, apresurar la paz de Europa, siendo su deseo considerado con el interés que tan importante decision ha de despertar. Que este deseo se manifieste é inmediatamente el ejército que se encuentra al pié de vuestras murallas se convertirá en firme apoyo de vuestra decision. Parisienses: conoceis la situacion de vuestra patria, lo sucedido en Burdeos, la toma amistosa de Lyon, los males que pesan sobre la Francia y los verdaderos sentimientos de vuestros conciudadanos. En estos ejemplos encontrareis el fin de la guerra con el extranjero y de vuestras luchas intestinas, que no podeis ir á buscar á otra parte. La conservacion y la tranquilidad de vuestra ciudad serán objeto de los cuidados y de las medidas que adoptarán los aliados de acuerdo con las autoridades y con los notables mas respetados. Sobre la capital no pesará ningun sitio militar. Anima da de estos sentimientos se dirige á vosotros la Europa que se encuentra armada delante de vuestras murallas. Apresuraos á corresponder á la confianza que pone en vuestra prudencia y en vuestro patriotismo (8).» No era posible hablar mas cariñosa á la par que mas claramente de lo que lo hacian los aliados en estos dos manifiestos. Segun este lenguaje, nada debian temer los parisienses, ni siquiera las molestias de un acuartelamiento, y antes al contrario, no debian

(7) Chateaubriand: *Mélanges politiques et littéraires*, tomo I, páginas 225-226.

(8) Lubis, tomo I, págs. 159-160.